Rafael Poch de Feliu

La contrainformación tiene el viento a favor

Con un genocidio en Palestina, una guerra en Europa y tensión entre potencias nucleares, no tenemos muchas buenas noticias que dar, pero hay una, deducida del general desastre, que quizá merezca reseñarse: se están creando condiciones bastante favorables para la contrainformación, la información independiente, la denuncia de la propaganda, o como se quiera llamar.

El derecho a una información libre e independiente, fuente del criterio ciudadano, es básico. Es imperativo actuar y legislar contra su asumida y general corrupción. Que un puñado de magnates controle el grueso de los medios de comunicación y que las redes sociales transmitan su ideología al conjunto de la población, en condiciones de práctico monopolio, es algo tan manifiestamente obsoleto como lo fue en el pasado excluir del voto a las mujeres o a los no propietarios, o que el estrato superior de la sociedad disfrutase por nacimiento del privilegio de no pagar impuestos, como ocurría en el Antiguo Régimen. Poner coto a esta manifiesta irregularidad, legislando en consecuencia, regulando las incompatibilidades entre intereses privados y el derecho a una información independiente, y desarrollando medios de comunicación y redes sociales bajo control ciudadano, debería formar parte de los programas de cualquier proyecto de reforma social.

En este contexto hay que observar el considerable cortocircuito que se ha producido en la propaganda de guerra, tanto la relativa a la guerra en Ucrania como a la masacre en Palestina.

El nuevo presidente de Estados Unidos, primero en la cadena de mando de la guerra entre la OTAN y Rusia que tiene lugar en Ucrania, declara “comprender” los intereses rusos alegados por el Kremlin para justificar su agresión, lo que equivale a reconocer un cuadro compartido de responsabilidades en el conflicto. Trump ha dicho que Biden fue responsable de esa guerra, que con él al frente nunca habría sucedido y expresa cierta comprensión hacia Rusia por su oposición a la ampliación de la OTAN. Trump repite que no quiere empezar nuevas guerras. El fracaso de las sanciones occidentales contra Moscú, que han tenido como efecto bumerán la recesión de Alemania, y el hecho de que, de momento y no sin esfuerzo, Rusia esté ganando la guerra —y es sabido que el que gana obtiene alas para su argumentario—, han quebrado los ejes mismos de la propaganda occidental en Occidente, lanzando un torpedo en su misma línea de flotación política y mediática.

El efecto de las ambigüedades de Trump sobre la estabilidad de la OTAN recuerda al desconcierto y la desorientación que la *perestroika*, la reforma soviética de Mijaíl Gorbachov, sembró en su día en las filas del Pacto de Varsovia, el bloque militar soviético de la Guerra Fría. Con todas las diferencias que se quiera alegar entre el impulso ético humanista de aquel gran hombre, hijo de un humilde *muzhik* de la Rusia meridional, y el errático e imbécil narcisismo del actual presidente de Estados Unidos, un millonario reaccionario enriquecido en los negocios mafiosos del inmobiliario neoyorquino, es la común crisis del mismo principio de obediencia debida lo que distorsiona la lógica de sumisión de los vasallos hacia su señor, los llena decongoja y confusión, y siembra el desconcierto.

¿Qué será de la OTAN si su gran jefe reniega de ella? ¿Cómo queda la versión canónica de la infame invasión rusa que la reduce a una fechoría "no provocada" —el énfasis sobre ese aspecto ha sido reiterado—, violadora del derecho internacional y animada por un líder malvado deseoso de reconstruir un imperio? Cualquier intento de situar el conflicto en un contexto serio, es decir, en términos de intereses elitarios y geopolíticos contrapuestos, ha sido rechazado durante años como "propaganda rusa". ¿Cómo dar marcha atrás ahora sin reconocer las propias responsabilidades en la génesis de la guerra o sin hacer el ridículo?

Perder Ucrania supone una derrota estratégica mayor para Estados Unidos y las potencias centrales europeas. El asunto es demasiado grave para ser consentido. Una negociación realista supone admitir la derrota de Occidente y regresar a la idea de una seguridad europea integrada. Es decir, a lo que se pactó en noviembre de 1990 en la conferencia de París de la OSCE, que es lo que Rusia ha venido reclamando los últimos treinta años. Ceder es inconcebible, así que es imperativo profundizar la guerra, le advierten los estrategas del neoconservadurismo americano al nuevo presidente.

El expresidente Biden ya lo formuló muy claro en junio, en su entrevista con la revista *Time*: "Si dejamos caer a Ucrania, todas esas naciones junto a la frontera de Rusia, desde los Balcanes hasta Polonia y Bielorrusia, empezarán a hacer sus propias componendas". Eso ya está ocurriendo con Eslovaquia, Hungría, incluso Bulgaria y Georgia. Lo que está en disputa es la posibilidad de una autonomía europea y de su integración en un marco euroasiático con motor chino. Abrirle la puerta a esa derrota es un atentado a intereses vitales de la "seguridad nacional" que comporta riesgos para quien lo intente. Esa advertencia debe leerse tanto en el contexto general de la historia de Estados Unidos —que incluye excepcionalmente la eliminación de presidentes y líderes políticos *torcidos*— como en el ambiente concreto de la campaña presidencial de 2024, en la que Trump sufrió dos intentos de asesinato.

Naturalmente, antes de esos recursos extremos es la enorme presión disuasoria del *establishment* nacional la que impone prudencia y cautela a cualquier presidente *torcido*. Por todo eso, es extremadamente improbable que Trump pueda cumplir su declarado propósito de evitar nuevas guerras. Dicho propósito es completamente contradictorio con el anuncio de aranceles, barreras comerciales y sanciones contra todos, adversarios y aliados, por lo que más allá de este *reformismo disparatado* es más bien la imprevisibilidad y la hipótesis de un gran desbarajuste interno en Estados Unidos lo que está por venir. Sea como fuere, la Unión Europea espera, preocupada y confusa, que se aclare hasta dónde llega la "comprensión de Putin" expresada por Trump. Espera, se rearma, e intenta dificultar al máximo cualquier atisbo de negociación para

detener la carnicería.

En Palestina todo es aún más burdo y dramático. La comparación entre la indignación occidental ante la invasión rusa de Ucrania, con su reacción de sanciones y ayuda de guerra directa sin precedentes, con la cooperación con Israel ha mostrado por completo la desnudez moral de Occidente y la falacia de sus lecciones sobre “derechos humanos”. Se calificó como “terrorismo” la violencia del ataque de la resistencia palestina del 7 de octubre de 2023. Se pasó por alto lo que tenía de escapada del “mayor campo de concentración a cielo abierto del mundo”, según la definición de los propios responsables de la seguridad de Israel. Se ignoró el carácter desesperado y suicida de la incursión palestina, un clásico de la historia de los movimientos anticoloniales, y se amplificaron sus atrocidades con la falsificación de los más horribles relatos de crueldades sobre bebés decapitados y mujeres desventradas. Se ocultó de paso la demostrada aplicación de la llamada “doctrina Aníbal”, que permite al ejército israelí eliminar a sus propios ciudadanos antes de consentir que caigan presos, lo que incrementó las cuentas de la matanza. Con 10.000 rehenes palestinos en cárceles israelíes, solo contaba el destino de los 250 israelíes. Largas décadas de violencia colonial, apropiación ilegal de territorio y expulsión de la población indígena desaparecieron del relato. A partir de ahí se proclamó el “derecho de Israel a defenderse”, masacrando indiscriminadamente a decenas de miles de civiles inocentes —la cuenta puede llegar a 200.000, según la proyección de muertes directas e indirectas barajada este mes por expertos en la revista *The Lancet*—, con una abultada mayoría de niños y mujeres, arrasando ciudades, hospitales, lugares de culto, infraestructuras vitales y asesinando selectivamente a más periodistas y funcionarios de las agencias de las Naciones Unidas que todos los muertos en el mundo en el ejercicio de esas profesiones a lo largo de muchos años. Todo eso ha tenido lugar en medio de una elocuencia y transparencia sin precedentes por parte de quienes están al mando de la masacre y subrayan abiertamente su propósito exterminador ante las cámaras y micrófonos de la publicística global, justificándolo con una ideología supremacista envuelta en primitivas escenas bíblicas.

Cuando la máxima institución de “justicia internacional”, un tribunal creado por las potencias occidentales en el apogeo de su dominio, que casi nunca ha cuestionado sus crímenes, dictaminó como plausible “genocidio” el alegado “derecho de Israel a defenderse”, todo se hundió también en ese frente. Ni la cómplice manipulación de los grandes medios de comunicación occidentales y de sus profesionales —que no expresaron la menor empatía hacia sus colegas, premeditada y selectivamente asesinados por el ejército israelí—, ni las acusaciones israelís de “antisemitismo” dirigidas contra la ONU, sus castigadas agencias y su mismo secretario general, o contra cualquiera que protestara, incluida, en el colmo del absurdo, la juventud estudiantil judía de Estados Unidos, ni la criminalización de la solidaridad con Palestina en Alemania, Francia e Inglaterra, han podido remediarlo: se ha hecho evidente la negación occidental de la igualdad entre seres humanos y su raíz colonial y racista.

Después del veredicto de la Corte Internacional de Justicia, las principales organizaciones occidentales de derechos humanos, Human Rights Watch, Médicos sin Fronteras y Amnistía Internacional, frecuentes defensoras de la “política de derechos humanos” del hegemonismo contra sus adversarios y competidores en el mundo, han coincidido en señalar que la política israelí en Palestina está diseñada para la eliminación de un pueblo a cuyos ciudadanos se les niega su condición de seres humanos. Que todo esto haya sido marginado del informe mediático no ha hecho más que evidenciar la quiebra moral de Occidente y sus medios de comunicación en

el conjunto del mundo.

El capitalismo global y el imperialismo oligárquico conducen a la humanidad hacia el suicidio, vía el caos climático y la guerra. La acción mediática intenta impedir que la gente reaccione ante la evidencia del peligro. Que esa propaganda de guerra esté hoy enfrentada a tantas contradicciones abre colosales oportunidades a su cuestionamiento. Las turbulencias que la propaganda de guerra atraviesa en estos convulsos tiempos ofrecen oportunidades que es necesario aprovechar. Crear y potenciar medios y redes sociales públicos e independientes es un imperativo del momento actual.

[Fuente: *Ctxt*]